

Cajón de sastre

I. De la guerra (otra vez), en desorden cronológico.

Joseph de Maistre, *Ecrits sur la Révolution*, capítulo III, “De la destruction violente de l’espèce humaine”.

“No estaba equivocado, por desgracia, aquel rey de Dahomey, en el corazón de África, cuando hace poco decía a un inglés: ‘Dios hizo el mundo para la guerra; todos los reinos, grandes y chicos, la han practicado en todos los tiempos, aunque sea sobre diferentes principios’”.



Clausewitz, *De la Guerra*.

Se burla de los pobres gobiernos europeos a la hora de la Revolución francesa, los cuales pretendieron “frente a fuerzas de un nuevo género y de una desbordante potencia mantenerse con los medios ordinarios que tenían acostumbrados”.



Chateaubriand, *Mémoires d’Outre-tombe*.

“Quizá vendrá un tiempo cuando una sociedad nueva habrá tomado el lugar del actual orden social, en la cual la guerra parecerá un monstruo absurdo cuyo principio mismo será incomprensible; pero falta mucho. En las querellas armadas hay filántropos que distinguen entre especies y están listos para sentirse mal con la sola frase ‘guerra civil’: ¡compatriotas matándose, hermanos, padres, hijos enfrentados! Todo lo cual es muy triste, ciertamente; sin embargo, un pueblo muchas veces se ha regenerado en las discordias intestinas. No ha

perecido en una guerra civil y, muchas veces, ha desaparecido en las guerras extranjeras [...] Es deplorable verse obligado a destruir la propiedad del vecino, o ver nuestros hogares ensangrentados por dicho vecino; pero, francamente, ¿es de veras mucho más humano masacrar a una familia de campesinos alemanes desconocidos, que no ha tenido la menor discusión con usted, a quienes usted roba y mata sin remordimiento, cuyas mujeres e hijas usted deshonra con toda buena conciencia, porque *es la guerra*? Digan lo que digan, las guerras civiles son menos injustas, menos repugnantes y más naturales que las guerras extranjeras, cuando éstas no se emprenden para salvar la independencia nacional. Por lo menos las guerras civiles descansan sobre ultrajes individuales, sobre adversarios confesos y reconocidos; son duelos en los cuales los adversarios saben por qué tienen la espada en la mano. Si las pasiones no justifican el mal, lo explican, permiten concebir por qué existe. La guerra extranjera, ¿cómo se justifica? Es tiempo de hacer justicia a esos viejos lugares comunes de sensiblería más propios de poetas que de historiadores; Tucídides, César, Tito Livio se contentan con una palabra de dolor y pasan” (libro 34, capítulo 4, p. 455 del tomo II de la edición de la Pleiade, Gallimard, París, 1951).



Ardant du Picq, a propósito de Prusia, escribió en 1866: “Toda nación democráticamente organizada no está organizada militarmente; frente a la otra, se encuentra en estado de inferioridad para la guerra”.



Robert Musil (septiembre de 1914)

“La guerra, en otra época un problema, es hoy un hecho. Muchos de los trabajadores del espíritu la han combatido mientras no estaba ahí. Muchos se sonreían. La mayoría se encogía de hombros al oírla nombrar como ante una historia de fantasmas. Se tenía tácitamente por imposible que grandes pueblos, ligados cada vez más estrechamente por una cultura europea, todavía se pudieran desgarrar en una guerra mutua. El juego de los sistemas de alianzas, que contradecía esa suposición, parecía una mera institución deportiva para diplomáticos [...]

“Cuando una oscuridad mortal más ávida a cada hora se alzó en torno de nuestro país, y nosotros, el pueblo que es y está en el corazón de Europa, tuvimos que reconocer que desde todos los confines de este continente se nos venía encima una conjura en la que era ya cosa decidida exterminarnos de raíz, nació un sentimiento nuevo: estaban amenazados nuestros fundamentos mismos, los comunes, aquellos sobre los que nos dividíamos, los que no sentíamos como nuestros en la vida corriente, el mundo había quedado hendido en alemán y antialemán, y un sentimiento embriagador de pertenencia nos arrancó el corazón de entre las manos, que quizá quisieran conservar aún por un instante la reflexión. Ciertamente, no vamos a olvidar que en todo momento los otros están viviendo lo mismo; seguramente aquellos que eran ahí nuestros amigos están arraigados en su pueblo de esa precisa manera, quizá incluso son capaces de atisbar la injusticia de su pueblo, y aun así les arrastra consigo. Nuestro escepticismo nos impone estas imágenes. No sabemos qué es lo que en este instante nos separa de ellos, y pese a todo los amamos; y sin embargo nos sentimos como arrollados por una humildad inefable, como amasados precisamente en eso, en eso en donde de repente el individuo ya no es nada fuera de su tarea elemental de defender su estirpe. Ese sentimiento tiene que haber estado siempre ahí, y simplemente ha despertado; cualquier intento de fundamentarlo sería vano, y parecería que uno tuviera necesidad de persuadirse, siendo así que se trata de una felicidad, de una seguridad y una alegría gigantesca más allá de toda seriedad. La muerte ya no encierra horror alguno, ningún engaño los fines de la vida. Aquellos que han de morir o sacrificar sus propiedades tienen la vida, y son ricos: esta no es hoy exageración alguna, sino una vivencia inabarcable, pero sentida con la misma solidez que una cosa, un poder primordial, del cual el amor era a lo sumo un añico diminuto”.



Ernst Jünger

“También las formas del soldado, igual que todas las formas estamentales, están refundiéndose y transformándose en caracteres especiales del trabajo, es decir en funciones técnicas. De los trabajos de Heracles retiene el soldado esencialmente el primero: de cuando en cuando ha de limpiar los establos de

Augías de la política. Cada vez resulta más difícil mantener limpias las manos en ese trabajo y guerrear de tal manera que la guerra se diferencie suficientemente del oficio del policía, por un lado, y del oficio del carnicero y aun del desollador, por el otro. Quienes en nuestros días encargan esos trabajos conceden menos importancia a estas cosas que a la expansión del terror a cualquier precio.

“A esto se añade que los inventos empujan a la guerra a ir más allá de todos los límites y que las nuevas armas suprimen todas las diferencias entre el combatiente y el no-combatiente. Con esto se viene abajo el presupuesto del que vive la conciencia estamental del soldado, con esto va a la par el declive de las formas caballerescas.

“Todavía Bismarck rechazó la propuesta de hacer comparecer a Napoleón III ante un tribunal. Bismarck consideraba que no tenía competencia para hacer eso, pues era su adversario. Entretanto, se ha vuelto habitual condenar con todas las formalidades de la ley al vencido. Son superfluas y carecen de cualquier fundamento las discusiones acerca de tales sentencias. Las facciones no pueden ser jueces. Si actúan como tales, lo que hacen es prolongar el acto de la violencia. También sustraen el culpable al tribunal que le corresponde.

“Vivimos en unos tiempos que resulta difícil distinguir la guerra de la paz. Los matices han borrado las fronteras que separan el servicio militar del crimen. Esto es algo que engaña incluso a los ojos perspicaces, pues la confusión de los tiempos, la culpabilidad general, afecta a cada caso particular” (*La emboscada* –1961– Tusquets, Barcelona, 1992, pp. 30-31).



Arthur Koestler

“El *homo sapiens* resulta virtualmente único en el reino animal por su carencia de controles instintivos a la hora de matar a sus con-específicos –los miembros de su misma especie–. La “ley de la jungla” sólo conoce un motivo legítimo para matar: el impulso de alimentarse, y ello exclusivamente con la condición de que el depredador y la presa pertenezcan a especies diferentes. En el seno de la misma especie la competencia y el conflicto entre individuos y grupos se zanján mediante una conducta de amenaza simbólica o de duelo ritualizado,

que acaba con la huida o con el ademán de rendición de uno de los contrincantes, y que raras veces acarrea lesiones mortales. Las fuerzas inhibitoras –los tabúes instintivos– de la matanza o lesión grave de los con-específicos son tan vigorosas en la mayoría de los animales –incluidos los primates– como los impulsos del hambre, el sexo o el medio. El hombre es el único ser –si dejamos a un lado algunos fenómenos polémicos que se dan en las ratas y las hormigas– que practica el asesinato intraespecífico en una escala individual y colectiva, de modo espontáneo u organizado, por motivos que van de los celos sexuales a sutiles distinciones en torno de doctrinas metafísicas. La guerra permanente en el seno de la especie constituye un rasgo básico de la condición humana, y aun adquiere más realce por la aplicación de la tortura en toda su amplia gama, desde la crucifixión hasta los electrochoques” (*Jano*, 1977, Madrid, Debate, 1981, p. 20).



Thérese Delpech

“La idea de una discusión compuesta de elementos ofensivos y defensivos no es del todo nueva, puesto que constituía ya la filosofía del tratado ABM, pero lo que es nuevo es su extensión al territorio de todo un país y su adopción, en versiones tácticas, para regiones muy diferentes. Quizá en el siglo XXI nos orientamos hacia un mundo dominado por las defensas, después de una segunda mitad del siglo XX dominada por la disuasión nuclear, aun cuando los dos principios no sean incompatibles. Es el signo de una época obsesionada por la protección, que sufre un creciente sentimiento de inseguridad, incluso cuando se trata del país más poderoso del mundo –y eso no es realmente tranquilizador–”. “Bouclier antimissiles et nouveau contexte stratégique”, en *Esprit*, mayo de 2001, p. 132 (publicado cuatro meses antes del 11 de septiembre).



Le Monde, 12 de septiembre de 2001 (este diario parisino sale a la venta en la tarde del día anterior, lo que significa que los parisinos lo leían aquel martes 11, a las 2, 3 de la tarde, hora de París, 8, 9 de la mañana, hora de Nueva York). Toda la página 23 desarrollaba el encabezado siguiente: “El infante de mañana

llevará un equipo retacado de electrónica. El ejército de los Estados Unidos gastó 400 millones de dólares en cinco años para desarrollar el proyecto Land Warrior. Con una computadora integrada a su uniforme, el soldado podrá captar mejor el campo de batalla, gracias en particular a un sistema visual integrado a su casco. Según el Pentágono, el soldado de los próximos diez años combatirá a partir de las imágenes de la batalla que le mandarán en directo los satélites”.



Cajón de Sastre, II (en el mismo desorden cronológico).

En la nueva edición de su ensayo de 1996, *Les Chamanes de la Préhistoire*, Jean Clottes y David Lewis-Williams reafirman su hipótesis del origen chamánico de las pinturas rupestres, contra las críticas de sus detractores. El libro, publicado por la Maison des Roches (2001), incluye la polémica y las respuestas.



Tim Flannary, en *The Eternal Frontier. An Ecological History of North America and its Peoples*, Atlantic Monthly Press, 2001, cuenta que la cultura Clovis –la de los hombres que usaban puntas elaboradas para cazar– apareció hace unos 13 000 años; 300 años después toda la megafauna americana había desaparecido: mamuts, mastodontes, caballos, camellos, unos treinta géneros, incluyendo todos los animales de más de cien kilos, con las solas excepciones del oso negro y de un gamo grande. Los cazadores Clovis provocaron una crisis de extinción tan drástica como la que acabó con los dinosaurios.



Simón Martín y Nikolai Grube nos dan una espléndida *Chronicle of the Maya Kings and Queens*, Londres, Thames and Hudson, 2001, que recoge todos los adelantos de la arqueología y de la historia maya.



Vale la pena leer el ensayo de Lord Acton sobre el sacrificio humano, en especial las páginas que dedica a los aztecas (tomo III: 436-442, de la edición), Liberty Classic, Indianapolis, 1998.



Cinna Lomnitz escribió en la página 73 de *Nexos* (febrero de 2000):

“Resulta que el acontecimiento guadalupano tiene un núcleo irreductible. El texto del *Nican Mopohua*, un relato náhuatl que según me confirma Miguel León-Portilla data de los inicios de la colonización española, representa una obra literaria universal de primera magnitud. Juan Diego aparece en este texto como una personalidad real indeleble, con defectos y debilidades evidentes, y no como algún símbolo ideal, como pudiera pensarse al leer las obras de Lafaye, Nebel y Poole”.

La última palabra podría tenerla Franz Kafka, a quien nadie parece haber recordado en las pasadas fiestas de milenio: “El mito intenta explicar lo inexplicable. Como proviene de un fondo de verdad, tiene que regresar a lo inexplicable” (*Prometeo*).



R.W.B. Lewis nos acaba de dar un soberbio *Dante*, Nueva York, Lipper/Viking (2001), tan breve –205 pp.– como bueno.

Veo la cuarta flota. Veo la flota invisible, que son todas las oraciones que ni siquiera son dichas; las palabras que no son pronunciadas.

Pero yo las oigo. Esos oscuros movimientos del corazón, los buenos movimientos oscuros, los buenos movimientos secretos.

Los que brotan inconscientemente y que inconscientemente suben hacia mí.

El mismo que los produce no se da cuenta de ellos.

Nada sabe de ellos, limitándose únicamente a producirlos.

Pero yo los voy recogiendo, dice Dios, los cuento y los peso.

Porque yo soy el juez que juzga en secreto.

Charles Péguy



Paul Valéry: “Si l’Etat est fort, il nous écrase. S’il est faible, nous périssons”.



What does the political scientist know?
The political scientist knows the latest trends
The current state of affairs
The history of doctrines

What does the political scientist not know?
The political scientist doesn't know about desperation
He doesn't know the game that consists
Of renouncing the game

It doesn't occur to him
That no one knows when
Irrevocable changes may appear
Like an ice-flow's sudden cracks
And that the natural resources
Include knowledge of the venerated laws
Ability to wonder
And a sense of humor

Artur Miedzyrzecki



Recuerdos para el futuro

La historia de la estadística soviética nos da muchos ejemplos de manipulación política de los datos demográficos. Por ejemplo, en el XVII Congreso del Partido Bolchevique, Stalin afirmaba, en un intento por ocultar las terribles secuelas del hambre, que para finales de 1933 la población de la URSS había crecido a 168 millones de personas. Según recuerda Mijaíl Kurman, quien trabajaba entonces en el aparato central de Estadística Estatal, Stalin, por iniciativa propia, aumentó esta cifra por lo menos en ocho millones, declarando que quién mejor que él para saber. Los demógrafos que en 1937 llevaron al cabo un censo anunciado por Stalin pagaron con su vida el intento de presentar datos objetivos. El censo fue declarado “defectuoso” y sus resultados calificados de “secretos”. En 1939 se llevó a cabo un nuevo censo cuyos resultados fueron falsi-

ficados. La guerra de 1941 a 1945 cobró enormes cantidades de víctimas, la magnitud de las cuales todavía suscita discusiones. Después de la guerra la situación demográfica fue empeorada por el hambre, que se llevó cerca de un millón de vidas. Es evidente que los datos sobre este periodo no pudieron ser utilizados con fines propagandísticos, por lo cual Stalin rechazó la idea de volver a efectuar un censo en 1949. En 1961, en el XXII congreso del PCUS, Nikita Jruschov declaró que “la mortalidad de la población de la URSS es la más baja en el mundo”. Esta mentira fue una de las que más repitió la propaganda soviética. En 1967 Leonid Brezhnev declaró: “En nuestro país la esperanza de vida ha alcanzado los setenta años. Uno de los más altos resultados en el mundo”. Sin embargo, a partir de 1965 la esperanza de vida en la URSS había comenzado a disminuir y los serviles dirigentes de la estadística soviética tuvieron que manipular los datos. La mortalidad infantil empeoró en la Unión Soviética de los setenta; a partir de 1975 estos datos sencillamente dejaron de publicarse, así como otros importantes indicadores demográficos.

Parecería que durante los últimos diez años el país ha cambiado hasta lo irreconocible. Pero no se sabe si son fiables los datos del censo de 1989, con los cuales deberemos comparar los datos del primer censo postsoviético actualmente en curso. Pero Rusia no tiene otra vía que no sea elaborar un reporte honesto para sí y para el mundo.

Mark Tolts, demógrafo, participó en los censos de 1970 y 1979. Trabajó en el Instituto del Plan de la URSS y en el Instituto de Problemas Socioeconómicos de la Población, adjunto a la Academia de Ciencias de la URSS. Fue el primero en proponer la rehabilitación del censo de 1937 y en denunciar las falsificaciones del censo de 1939. Desde 1992 trabaja en la Universidad de Jerusalén.

Novedades de Moscú, 18/24 de septiembre de 2001, núm. 38, p. 20 (artículo resumido y traducido por José Manuel Prieto). 